

LA ENCARNACIÓN DEL ESPÍRITU
(LA NATURALEZA HUMANA Y LA UNIDAD SUSTANCIAL DE CUERPO Y
ALMA)

Marcelo S. Benítez Ferradás Sch.P.
10 de noviembre de 2020

Algunas consideraciones sobre experiencia y educación

1. La crisis educativa y sus raíces

Las dificultades que vive hoy la educación tienen raíces culturales, que a muchos nos tienen perplejos pero que a los sabios les resultan prácticamente evidentes: es imposible educar bien si en nuestra sociedad y mundo académico reinan el nihilismo o sus parientes inmediatos: relativismo, escepticismo, nominalismo y, general, ideologismos varios. Si nos separamos de la de lo real, de la verdad y del bien, no hay posibilidad alguna de éxito educativo.

Pero también es cierto que se constata frecuentemente en ambientes que han conservado el aprecio a lo mejor del patrimonio heredado un anquilosamiento y fosilización de lo que es en realidad un tesoro vivo. Y se repiten prácticas preferentemente discursivas e infructuosas u otras valiosas pero vaciadas de su original sentido.

El hombre, como espíritu encarnado, tiene un modo de acceso privilegiado a lo real que es la experiencia: el contacto directo con las cosas. Volver a Aristóteles y la sabiduría que de él surge ha abierto para nosotros, los Escolapios de Argentina, recuperar también nuestro patrimonio fundacional surgido en San José de Calasanz y de la tradición católica que él expresa. Con la valiosa ayuda de la Dra. Graciela Hernández de Lamas, nuestra asesora pedagógica en la última década, estamos transitando un camino que hoy me propongo compartir en algunos de sus puntos cruciales: la valoración de la experiencia auténtica en educación y la consideración de un tipo singular de experiencia que tiene peculiar virtud formativa.

No me siento particularmente descubridor de nada de lo más luminoso o inspirador que les pueda lograr transmitir. Si estas consideraciones que aquí ofrezco aportan algo bueno es de Aristóteles, de San José de Calasanz o de la Dra. Hernández de Lamas y de los equipos que nos acompañan en la aventura de volver a expresar, con novedad hoy, la tradición que nos ha dado origen. Yo particularmente me alegro de haberlo reconocido y fundamentalmente, como superior de mi comunidad, de procurar hacerlo aplicar.

Entiendo que no estoy ante un auditorio de especialistas en educación pero sí de personas implicadas en la búsqueda de la verdad y del bien, que comparten conmigo la preocupación por lo cultural y educativo. Muchos de ustedes, además, ejercitan con dedicación la noble tarea de la enseñanza como padres de familia y como profesores. Esas funciones suman un peculiar interés por lo que hoy yo puedo ofrecerles.

2. La vuelta a la experiencia de lo real como vía de solución

En un mundo donde priman la inflación de lo virtual y mediatizado, con superabundancia de información y confusión, donde las imágenes y las palabras se superponen y las facultades humanas más nobles se debilitan y atrofian, pululan también los ofrecimientos, y sobre todo las “ventas” de variadas soluciones, a cuál más original o novedosa, aun cuando nadie pueda mostrar evidencias reales de los resultados preconizados.

Poca mejora educativa es, ciertamente, haber pasado de la enseñanza enciclopédica y libresca a la que sumerge en indiscriminadas y desordenadas páginas suministradas por un buscador de internet.

Hoy la escuela está cada vez más mediatizada, sin experiencia de objetos reales. Por eso se torna más necesario tratar de recuperar el contacto directo con las cosas como el primer momento del conocimiento, también del escolar. Debe ser el primer momento del acto de aprender, de lo contrario, no puede haber abstracción, y por lo tanto no se puede dar la ciencia.

La clave radica en que si queremos mejorar el aprendizaje de nuestros alumnos es necesario ver qué tipo de experiencias tienen de hecho, qué tipo de experiencias intencionalmente les estamos ofreciendo: esto es qué actos efectivamente realizan, con qué realidades están en contacto, qué esquemas adquieren.

Partimos de que la *experiencia* es un acto (y un hábito) vital, intencional, por el que se conocen de manera directa e inmediata las cosas en su aspecto particular y concreto, máximamente determinado. Se conoce el aparecer fenoménico de la cosa, lo que se manifiesta de ella. Y esa realidad que se hace presente al sujeto presenta una unidad configurada y cualificada. El acto de la experiencia se identifica con la percepción. Este acto vital es *intencional-cognoscitivo*, lo que significa que está referido y dirigido al objeto.

En el acto de la experiencia la *afectividad* está presente, es un ingrediente de él; y puede particularmente ayudar u obstaculizar la nitidez y fijación del conocer. Los afectos mueven las facultades cognoscitivas para la selección del objeto en el foco de atención. Todo este proceso es también materia de educación.

Además de ser un componente de cualquier experiencia, la afectividad puede ser objeto de experiencia. Hay una *experiencia afectiva*, de sentimientos, emociones y pasiones. Se puede tener un conocimiento más o menos directo de una afección en sí mismo o en otra persona. Es lo que en se denomina *experiencia interna práctica*.

Por lo tanto, mejorar la enseñanza, desde los primeros años de nuestros niños hasta la enseñanza superior es, ante todo, prestar atención a qué experiencias tienen los que aprenden (con qué realidad contactan y que tipo de relación cognoscitiva y afectiva entablan con esa realidad) y, sobre todo, como educadores, revisar y cualificar las experiencias que proponemos a nuestros alumnos.

Nosotros, los Escolapios de Argentina, en nuestros colegios, estamos poniendo en acto algunas maneras de hacerlo muy variadas: que van desde el modo en que los docentes planifican y los directores supervisan las clases a la manera en que estamos entendiendo el conjunto del curriculum y asumimos (y adaptamos) las prescripciones curriculares de las autoridades educativas. Esto incluye particularmente una serie de iniciativas y programas para “forzar” de alguna manera, al modo de una cuña que llega a lo cotidiano del alumno y del aula. este intento. Todas estas iniciativas procuran poner en evidencia que no tenemos que compartimentar la realidad que se aprende ni al sujeto que aprende¹.

Hay que dejar también algo particularmente en claro: por diversas razones no se puede hacer directamente experiencia de todo, ni siquiera de lo más digno y valioso. No todo se puede llevar al aula ni se puede llevar al alumno al contacto directo con todas las realidades. ¿Cuál sería entonces el criterio pedagógico adecuado? Que el medio elegido sea el más cercano a la realidad que se estudia y aprecia y el menos invasivo o distractivo del asunto. Un buen medio (un buen método también) nunca ocupa el centro, nunca le roba el protagonismo al encuentro entre el que aprende y lo que aprende, nunca suplanta o pretende constituir lo real.

3. Un particular caso de experiencia vicaria por medio del relato

Dicho lo cual, viene bien fijar ahora la mirada en un caso particular.

Hay una experiencia que se recibe de las historias, mediante los libros de género narrativo, que supone para el hombre mucho más el incuestionable valor estético, causa de tanto deleite. Los buenos relatos son una fuente formativa excepcional, cuyos orígenes se remontan a los albores de la humanidad en los pueblos que, todavía sin escritura, se reunían en torno al fuego a escuchar lo que contaban y cantaban los ancianos. Esta experiencia no era sólo la del

¹ Al que le interese poder conocer estas innovaciones educativas en las que estamos los Escolapios de Argentina implicados, ofrezco la posibilidad de acercarse a ellas y compartir más sobre nuestros variados intentos, parciales fracasos y alentadores logros.

contacto con la transmisión de los mayores en ese singular momento. Se trata de lo que se recibía mediante el relato, provocando lo que podemos llamar, una experiencia vicaria. *Vicario* significa que sustituye o ayuda a alguien en sus funciones, es decir, *está en lugar de*. En la experiencia vicaria nos enfrentamos no con la cosa sino con algún *vicario* de ella, en este caso una narración. Esta narración, tanto en lo que tiene de testimonio veraz de lo vivido por las generaciones pasadas cuanto en la verosimilitud propia de lo ficcional, tiene una conexión directa con lo real. Permite poblar la imaginación y la memoria de los oyentes (lectores) de un tesoro inestimable del cual se valdrá la facultad cogitativa para facilitar el despliegue de las potencias superiores.

El relato atentamente oído o bien leído permite una inmersión, con la totalidad de las facultades humanas, en los hechos referidos, provoca una auténtica catarsis y da materia para la formación intelectual (tanto teórica como práctica) y para la forja del carácter moral. En el caso de la virtud de la prudencia, que como señala Aristóteles, no se da en el joven porque le falta la experiencia necesaria, aporta justamente de forma vicaria ese bagaje propio del que por sí mismo carece. Logra, por medio de la narración, la identificación con las situaciones y pasiones que experimentan los personajes. Lo que es tan nítido en el caso de la prudencia se aplica también al resto de las virtudes.

Esta ha sido la razón por la cual nuestra tradición ha tenido siempre al héroe y al santo como arquetipo formativo y ha explotado también sus contrafiguras en innumerables relatos. Nos anima, entonces, a proponer sistemáticamente a las nuevas generaciones la experiencia de leer las grandes y buenas obras que hemos heredado: por lo que tiene de desafío intelectual y afectivo en sí mismo el acto de leerlas y, sobre todo, por los mundos que abren a nuestras almas con la segura promesa de belleza, bondad y verdad que guardan para el que las explora.